



Pepe Sánchez de Ocaña

Raimon Algueró, ejemplo de vida y de fe

Francesc Peris
Jesuita

El pasado 20 de abril, tras la noticia del fallecimiento de Raimon Algueró, en la recepción de la escuela de los Jesuitas de Casp podía verse una gran fotografía cuya columpiándose con una gran sonrisa en el rostro. Es una de las imágenes que probablemente expresa mejor su vida y actitud vital.

Era en un campamento cerca de Tavascan, el año 2012. Raimon dijo a quien hacía la fotografía: «Si se pierde el espíritu infantil será difícil entrar en el Reino del cielo.» Y allí debe estar.

En la fachada, una gran bandera con un lazo negro muestra el duelo de la comunidad educativa de Casp y la gran huella que ha dejado en la escuela en la que trabajó durante más de 50 años, siempre al pie del cañón, en las alegrías y las tristezas, las fiestas y los entierros. Ha sido la viva imagen del consiliario que ayuda a todo aquel que va a buscarlo.

Había nacido el día de la Merced de 1931 en Barcelona. Entró en la Compañía de Jesús en 1949 en el noviciado de Veruela y realizó los estudios de Filosofía y Teología en Sant Cugat. Tras una estancia en Mallorca, donde colaboró en el colegio Montsió, y de seguir su formación como jesuita, se ordena sacerdote en 1961. Enseguida empezó a trabajar en la escuela de Casp, a la que se ha dedicado hasta el final de su vida.

Gran amante de la naturaleza, consideró que convivir con ella sería un gran elemento formador para niños y jóvenes. Por eso pronto impulsó salidas, excursiones, colonias, campamentos... en los que ha acompañado a tantos y tantos jóvenes.

Sobre todo ha sido el hombre cercano, siempre dispuesto a ayudar. Hace unos años tuvo un accidente y sufrió graves quemaduras. A su vuelta a la escuela, su

mirada era aún más transparente y reflejaba una envidiable claridad interior. Y así han pasado estos últimos años, mientras seguía siendo sacerdote amigo, atendiendo y acompañando a todo el mundo.

Cuando ya se le había manifestado el cáncer y estaba en el hospital, recibió la visita de unos alumnos de tercero de ESO. Una antigua alumna que estaba presente me comentó: «Me emocioné al ver cómo se miraban. Sin decirse nada. Tan solo mirándose.»

Otra antigua alumna, Cristina, lo describe de una manera en la que todos coincidiremos: «Raimon es más grande que las palabras, que a veces se quedan cortas para definir una pasión. La pasión por amar a los demás; la pasión por educar; la pasión por una escuela; la pasión por la montaña. La pasión por todo y por todos, y sobre todo por Jesús. Raimon ha sido un ejemplo de vida, pero sobre todo un ejemplo de fe. Con su talento peculiar y personal ha sabido transmitirnos qué significa el Evangelio y el amor por el otro. Con pequeños gestos, palabras sencillas y sabia mirada, ha llevado el Evangelio allí donde estaba. Y quienes hemos convivido con él debemos estar agradecidos.»

Un profesor actual de la escuela ha creado una nueva palabra: «raimonear», es decir: amar, amar, amar.

La fotografía columpiándose con una gran sonrisa en el rostro es una de las imágenes que expresa mejor su vida y actitud vital

Anton Andreu, maestro, amigo y compañero

Sisco Lahosa
Ex director y profesor IES Bau,
Tortosa

Hacia un montón de años que nos conocíamos. Habíamos coincidido estudiando en el Seminario lo que entonces se llamaba «latín y humanidades». Ambos éramos foráneos. Nuestras familias habían venido a Tortosa y fuimos a vivir al mismo barrio, Remolins.

Con el tiempo nos reencontramos en el inicio y posterior dinamización del grupo de jóvenes de la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, en el barrio del Temple de Tortosa: reuniones, encuentros, excursiones, actividades culturales, sociales y deportivas ocupaban los fines de semana de buena parte de la adolescencia y juventud. Anton siempre estaba.

Primero los estudios y después el trabajo hicieron que durante unos cuantos años yo viviera en Barcelona. A pesar de esto, como venía un fin de semana, nuestro contacto y nuestra relación no se perdió, bien en la propia parroquia o en el bar El Ribera, donde charlábamos e intercambiábamos noticias y experiencias.

Más allá de la relación cercana y amigable, cuando tomas perspectiva hacia la persona, descubres a Anton que ha hecho de la labor docente una manera de vivir en la cual la simbiosis vida-trabajo ha sido una permanente y tozuda realidad. No ejercía de maestro, ¡era un maestro! La manera como ejercía y vivía la profesión lo llevaba a comportarse no como un «experto» en cualquier materia curricular que transmite unos conocimientos, sino como quien se ocupa y preocupa por la formación humana, intelectual y cristiana —nunca escondió su condición creyente— de quienes eran, o no, los alumnos.

Unos y otros lo hemos visto como una persona solitaria que, aún así, no se hacía extraño para nadie. Se relacionaba con todos y rehuía cualquier tipo de protagonismo. Discreto como un actor secundario, en el teatro de la vida ha sabido interpretar el papel que mejor lo identificaba. Cuando el pasado 20 de marzo, entre clase y clase, la voz de un amigo común me decía «Anton ha fallecido», el sobresalto, la tristeza y el silencio me hacían compañía. Con su adiós, a mí y a otros se nos presentan las ausencias de los días luminosos y claros en que compartíamos ilusiones, retos y proyectos en la búsqueda de un mundo mejor y más justo. No perdemos únicamente a un amigo, un compañero y maestro, sino también un tiempo, unas vivencias

que, ahora sí y de manera definitiva, se convertirán en bonitos recuerdos de jóvenes que, como tantos otros en el pasado, presente y futuro, queríamos cambiar el mundo.

Igual que los enfermos cuando añoran la salud que ya no tienen, unos y otros añoramos a Anton. Lo añoraremos cuando, en una u otra circunstancia, lo que él hacía ha dejado de hacerse o se hace de otra manera. Lo añoraremos los amigos y compañeros, y la parroquia de los Dolores donde pasó tantas horas. También lo añorará el colegio de la Sagrada Familia, donde desarrolló con plena voluntad y dedicación múltiples funciones.

Lo añorarán los ex alumnos y compañeros/as maestros y profesores/as; también el grupo «marxista», y la gente que ama el deporte y lo practica. Su huerto sabrá que no está, y

Ha hecho de la labor docente una manera de vivir en la cual la simbiosis vida-trabajo ha sido una permanente y tozuda realidad



los que vamos al bar Ribera a tomar la cerveza y charlamos esperando a que empiece el partido del Barça y... ¡Cuando no están, personas como Anton se encuentran a faltar!

Gracias, Anton, por todo lo que hemos compartido contigo, por tu generosidad, constancia, discreción y tu respeto. Guardaremos en el corazón todo el bien y lo bueno que nos has aportado, y, como buen maestro, compañero y amigo, procuraremos seguir tus pasos. ¡Descansa en paz!